

Quique Bianchi

10/3/2021

“Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por los pobres. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia.” (Evangelii Gaudium 198)

1. Introducción

Esta Cuaresma nos toma en un punto de inflexión en la crisis que provocó la pandemia de COVID-19. La humanidad todavía no cerró este capítulo, ni sabemos cuándo lo hará, pero la aparición de la vacuna en el horizonte nos pone en una nueva etapa. Lentamente va creciendo el ritmo de circulación y la cantidad de actividades que pueden retomarse. Es un momento en que cabe la pregunta: ¿vamos a volver a hacer todo como antes?, ¿no hemos aprendido nada de esta crisis que nos ayude a recomenzar mejor?

Esta interpelación puede hacerse en todos los órdenes de la vida. Aquí nos interesa el cuestionamiento sobre la vida de nuestras comunidades eclesiales. Por ejemplo, hemos descubierto que la virtualidad nos permite algún modo de unión, ¿cómo usaremos eso cuando podamos reunirnos físicamente?, ¿no se volverá una ocasión para cultivar una religión individualista? Los protocolos de cuidado -tan necesarios ahora- desalientan lo comunitario. Pero el mensaje de Jesús es esencialmente social, ¿cómo saldremos de esa inercia? También este trance nos enseñó que somos seres relacionales, profundamente interconectados. *“Estamos todos en la misma barca”* fue la feliz expresión de Francisco en los momentos más oscuros de esta crisis. Se han visibilizado las dificultades de enormes cantidades de pobres que estaban invisibilizados. Esto provocó -sobre todo en los primeros meses- una importante corriente de solidaridad y en nuestras iglesias surgieron múltiples iniciativas para ayudar en las necesidades, ¿qué sucede con esa veta solidaria que creció en nuestras comunidades en la medida en que la dinámica de la sociedad vuelve a invisibilizar a los pobres? En síntesis: ¿qué acentos tendrá la vida cristiana que promuevan nuestras comunidades en este recomenzar?

Son muchísimas las preguntas que podemos hacernos en este punto de la crisis de la pandemia. Es mucho lo que hay para pensar hacia adelante. El papa Francisco lo sabe y se ha dedicado a ofrecer varias orientaciones. Incluso publicó un libro reportaje con Austen Ivereigh titulado *“Soñemos juntos: el camino a un futuro mejor”*. También realizó un ciclo de catequesis en agosto de año pasado denominado *“Curar el mundo”*. Allí nos invitaba a mirar a Cristo para buscar juntos un camino de salud. Sabemos por la fe que en Cristo nuestra vida puede curarse desde su raíz. Podemos nacer de nuevo. Pero esta redención que realiza Cristo no llega a nosotros

independientemente de nuestro compromiso con la historia. Los cristianos estamos llamados a continuar “su obra de curación y salvación”.¹ De aquí la pertinencia de la pregunta con la cual Francisco nos interpela: “¿de qué modo podemos ayudar a sanar nuestro mundo, hoy?”² La búsqueda de soluciones a esta crisis será un proceso complejo que escapa a la experticia de la Iglesia. Sin embargo, Francisco cree que puede ser útil en este contexto reflexionar sobre algunos principios de la vida social que se desprenden del mensaje evangélico. Por eso ofrece algunos y propone ir presentándolos en sucesivas catequesis relacionados con las virtudes de la fe, esperanza y caridad. Estos son: “el principio de la dignidad de la persona, el principio del bien común, el principio de la opción preferencial por los pobres, el principio de la destinación universal de los bienes, el principio de la solidaridad, de la subsidiariedad, el principio del cuidado de nuestra casa común”.³

En esta presentación quiero poner el foco en uno de ellos: *la opción por los pobres*. En este recomenzar buscando la salud debemos poner en primer lugar a los últimos. A este planteo le dedica la tercera de sus catequesis de este ciclo.⁴ Allí repite y actualiza la enseñanza de la Iglesia presentando esta preferencia como una opción teológica. Optamos por los pobres porque Dios optó primero. Y no fue ésta una elección marginal en el plan de Dios. Dos veces en esa catequesis el papa afirma que “*la opción preferencial por los pobres está en el centro del Evangelio*”.⁵ Una de las cosas a tener en cuenta en este nuevo comienzo es que les demos a los pobres la centralidad que tienen en el Evangelio. Podemos recomenzar desde los pobres.

A partir de este planteo queremos presentar algunas reflexiones. La exposición tendrá dos partes. En primer lugar presentaremos el marco desde el que debe pensarse esta opción por los pobres: la preferencia de Dios por ellos tal como se transmite en la Sagrada Escritura (2). Cristo eligió el camino de la pobreza para realizar la redención. La Iglesia está llamada a mirar a los pobres desde Cristo. Luego presentaremos dos aspectos que se desprenden de esta opción (3). Por un lado, lo más común es entenderla como una prioridad del pobre en la acción misericordiosa de los cristianos (3.1). Pero hay otro sentido, de algún modo más profundo, que es ver al pobre como sujeto protagonista de la redención. En sus vidas cruciformes continúa hoy la pasión de Cristo. Es una dimensión de la opción por los pobres que nos lleva -en palabras de Francisco- “a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia” (EG 198).

2. La opción por los pobres es una categoría teológica

En la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* el papa trata el tema en profundidad. Allí explica que el corazón de Dios tiene un lugar de privilegio para los pobres.⁶ De esta afirmación se

¹ FRANCISCO, «Audiencia general. Catequesis - “Curar el mundo”: 1. Introducción», 5 de agosto de 2020, acceso el 4 de octubre de 2020, http://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2020/documents/papa-francesco_20200805_udienza-generale.html.

² *Ibíd.*

³ *Ibíd.*

⁴ Cf. FRANCISCO, «Audiencia general. Catequesis - “Curar el mundo”: 3. La opción preferencial por los pobres y la virtud de la caridad», 19 de agosto de 2020, acceso el 4 de octubre de 2020, http://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2020/documents/papa-francesco_20200819_udienza-generale.html

⁵ *Ibíd.*

⁶ Cf. EG 197.

desprende por simple lógica que si son los preferidos de Cristo deben ser los preferidos de los cristianos.

En el planteo queda claro que la raíz de esta preferencia está en la voluntad divina. Por eso afirma explícitamente que *“para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica”*.⁷ Optamos por los pobres porque Dios optó primero por ellos. Esta aclaración resulta fundamental ya que el mundo de los pobres puede verse desde muchas perspectivas. La existencia de pobres en sociedades donde abundan los recursos da cuenta de una situación de injusticia estructural. Esto hace que su problemática sea muy compleja y pueda abordarse desde distintos puntos de vista, que a veces convergen con la perspectiva evangélica y otras veces no tanto.

2.1 Es necesario aclarar la perspectiva

El no distinguir estos diversos planos es tal vez la raíz de gran cantidad de equívocos. No es lo mismo mirar al pobre sólo como carente de los bienes del desarrollo moderno que mirarlo desde la enseñanza de Cristo. Desde ambas perspectivas puede buscarse el bien de los últimos, pero para dialogar entre ellas hay que tener claro que se mueven en frecuencias distintas. Por ejemplo, es válido que se piense en dar prioridad a los pobres debido a lo urgente de las necesidades que padecen. Pero no es ese el tipo de prioridad al que se refiere principalmente la doctrina cristiana, sino a una preeminencia fundada en la elección divina. Lo que no quita que -desde ahí- se pida que les demos prioridad a las tan urgentes necesidades de los pobres.

En esta confusión de planos radican muchas de las críticas que se le hacen a la Iglesia cuando habla de los pobres. Quien ve al pobre sólo como alguien necesitado de los bienes del desarrollo moderno y quiere entender desde ahí las palabras de Cristo: *“felices los pobres”* fácilmente caerá en el equívoco de pensar que se trata de la exaltación de un mal y acusará a la Iglesia de *pobrismo, pauperismo, populismo* y varios *ismos* más.

El concepto de pobre presenta un rico abanico de usos análogos. En todos se señala alguna carencia. Es pobre el ciego ya que le falta la vista y el enfermo porque le falta salud. Es pobre el que sufre la soledad y la falta de amor. Es pobre también en cierto sentido el pecador que no tiene a Dios en su corazón. Pero para considerar a la pobreza como realidad teológica debemos mirar a Cristo. El analogado principal de la noción de pobre tenemos que buscarlo en lo que la revelación nos diga de Jesús. Allí vemos que Él *“se hizo pobre”* (2Co 8,9) pero no se hizo ni ciego, ni enfermo, ni abandonado, ni mucho menos pecador.

Él pasó por este mundo viviendo en el mundo de los *pobres reales*: aquellos que la sociedad considera pobres. No tuvo ni siquiera una humilde habitación donde nacer. Lo presentaron al templo con un par de pichones de paloma, la ofrenda de los pobres. Fue hijo de migrantes en Egipto. Trabajó con sus manos para poder comer. Son muchos los ejemplos que podrían tomarse de los evangelios para pensar la pobreza de Jesús. Francisco presenta un breve elenco en *Evangelii Gaudium* cuando explica que todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres:

“Esta salvación vino a nosotros a través del «sí» de una humilde muchacha de un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio. El Salvador nació en un

⁷ EG 198.

pesebre, entre animales, como lo hacían los hijos de los más pobres; fue presentado en el Templo junto con dos pichones, la ofrenda de quienes no podían permitirse pagar un cordero (cf. *Lc 2,24; Lv 5,7*); creció en un hogar de sencillos trabajadores y trabajó con sus manos para ganarse el pan. Cuando comenzó a anunciar el Reino, lo seguían multitudes de desposeídos, y así manifestó lo que Él mismo dijo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres» (*Lc 4,18*). A los que estaban cargados de dolor, agobiados de pobreza, les aseguró que Dios los tenía en el centro de su corazón: «¡Felices vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece!» (*Lc 6,20*); con ellos se identificó: «Tuve hambre y me disteis de comer», y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo (cf. *Mt 25,35s*)⁸.

El hecho de que se trate de pobres reales (los que la sociedad considera pobres) no invalida que se los pueda ver desde una perspectiva teológica. Así como las curaciones que hacía Jesús podrían verse como un hecho médico o -desde la fe- como milagros. La vida concreta de los pobres también puede verse desde la fe auscultando el paso de Dios en sus vidas.

2.2 El pobre es sacramento de Cristo

No debemos perder de vista que cuando en la Iglesia hablamos de los pobres lo hacemos desde Cristo. Si no el planteo queda viciado de raíz. Miramos a los pobres desde un Cristo que les otorgó a ellos su “primera misericordia”.⁹ De hecho, esta opción por los últimos tiene su arraigo teológico en la cristología. Benedicto XVI al inaugurar la Conferencia de Aparecida afirmaba que esta opción “*está implícita en la fe cristológica*”.¹⁰ Ya Pablo VI en 1968, en la primera visita de un papa a Latinoamérica, les decía a los pobres que ellos eran un *sacramento de Cristo*:

“Toda la tradición de la Iglesia reconoce en los Pobres el Sacramento de Cristo, no ciertamente idéntico a la realidad de la Eucaristía, pero sí en perfecta correspondencia analógica y mística con ella. Por lo demás Jesús mismo nos lo ha dicho en una página solemne del evangelio, donde proclama que cada hombre doliente, hambriento, enfermo, desafortunado, necesitado de compasión, y de ayuda es Él, como si Él mismo fuese ese infeliz, según la misteriosa y potente sociología, (Cf. *Mt 25, 35 ss*) según el humanismo de Cristo”.¹¹

El misterio de Cristo y el del pobre se compenetran y fecundan de tal modo que puede decirse que para captar la preferencia divina por los pobres hay que contemplar a Cristo y para conocer a Cristo hay que mirar -y amar- al pobre. Como enseña *Aparecida*, “todo lo que tenga que ver con

⁸ EG 197.

⁹ EG 198. Francisco cita aquí una expresión de Juan Pablo II en la homilía durante la misa para la evangelización de los pueblos en Santo Domingo (11 octubre 1984).

¹⁰ BENEDICTO XVI, «Discurso en la Sesión inaugural de la V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe», 13 mayo 2007, 3: AAS 99 (2007), 450. Citado también en DA 392 y EG 198.

¹¹ PABLO VI, «Homilía en la misa para los campesinos colombianos», 23 de agosto de 1968, acceso el 4 de octubre de 2020, http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/homilies/1968/documents/hf_p-vi_hom_19680823.html. Sobre la preferencia divina por el pobre en la tradición ver la rica antología: José González Faus, *Vicarios de Cristo: los pobres. Antología de textos en la teología y espiritualidad cristiana* (Cristianisme i Justícia, 2018).

Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo” (DA 393).

Como señalamos en el punto anterior, para penetrar este misterio debemos buscar en la revelación. Es necesario suspender de algún modo cierto *sentido común moderno*. En la Escritura encontramos a un Dios que -movido por una sobreabundancia de misericordia- se hace hombre para devolvernos la posibilidad de entrar en comunión de amor con Él. Al encarnarse tomó el camino de cada uno de nosotros para llevarnos a Dios y junto con ello asumió las condiciones de un hombre concreto (excepto el pecado). Una de ellas fue la pobreza.

La misteriosa voluntad divina dispuso que la redención se realice por el Hijo hecho carne que pasó por este mundo sin desplegar todas las potencialidades de la carne, sino que transitó el camino de la debilidad, de la cruz y en definitiva de la muerte para abrirnos el acceso al Padre. La Carta a los Hebreos dice que Cristo no se avergüenza de llamarnos hermanos, “como los hijos comparten la sangre y la carne, así también compartió Él las mismas, para reducir a la impotencia mediante su muerte al que tenía el dominio sobre la muerte” (Hb 2,14). En esta línea, el padre Tello explica que la redención fue hecha en la carne pero no por la fuerza de la carne:

“La salvación del hombre –que implica la victoria sobre el enemigo– la realizó Dios hecho carne –Dios y hombre– y esto era necesario para que la derrota del adversario fuera justa y cabal. Pero fue hecha por la virtud de la divinidad, no por la fuerza de la carne. Las dos cosas debían quedar bien manifiestas: que la salvación fue hecha por un Dios en la carne y que fue hecha por la virtud de la divinidad no de la carne.

Para que la carne no se gloriará contra Dios, en el acto de la salvación quedó sujeta a la muerte y sólo el poder de la divinidad la resucitó. Pero no sólo eso. Durante la vida del Dios-hombre en la tierra, *la carne no desplegó todo el poder* que podría tener en este mundo sino que apareció débil en el mundo; así nació Él y así vivió”.¹²

La figura del *Ecce homo*, el nazareno presentado por Pilato al pueblo, ensangrentado, coronado de espinas y cubierto con un manto de burla es un ícono elocuente del camino paradójico que Dios eligió para la redención de la humanidad. Dios salva por Cristo y Cristo recorre el camino de los pobres. Esto vale tanto para la vida y la pasión de Cristo como para la obra que sigue haciendo en la historia a través del Espíritu Santo:

“Y Jesucristo quiso continuar la obra de la salvación del mismo modo: en la debilidad de la pobreza envió a los predicadores y a los apóstoles (Mt 10, 9s) y en ella eligió a sus seguidores, según atestigua San Pablo: «Dios eligió lo que el mundo tiene por necio para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale. Así nadie podrá gloriarse delante de Dios» (1Cor 1, 27-29)”.¹³

La Iglesia está llamada a continuar el camino de pobreza de su Fundador. Esto mismo enseña el Concilio Vaticano II en su constitución dogmática *Lumen Gentium* en un párrafo que bien puede considerarse uno de los fundamentos del desarrollo posconciliar de la opción por los pobres:

¹² Rafael Tello, *La pastoral popular y Santo Domingo* (inédito, 1993), n.63-64 (subrayado nuestro).

¹³ Tello, *La pastoral popular y Santo Domingo*, 65.

“Pero como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, «existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo» (*Flp 2,6-7*), y por nosotros «se hizo pobre, siendo rico» (*2 Co 8,9*); así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a «evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos» (*Lc 4,18*), «para buscar y salvar lo que estaba perdido» (*Lc 19,10*); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo”.¹⁴

3. Dos aspectos de esta opción

3.1 El pobre como destinatario privilegiado de nuestra misericordia

En primer lugar la opción por los pobres nos lleva a ver en ellos destinatarios prioritarios de nuestra misericordia. En este sentido, Francisco nos interpela a que escuchemos el clamor de los pobres. Nos recuerda que estamos “llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad”.¹⁵

El hecho de que la pobreza sea el camino elegido por Dios para la redención no nos puede llevar a negar que ésta sea un mal físico (aunque no moral). Al igual que la cruz, la pobreza es un principio de muerte del que Dios puede sacar vida. Pero sólo a Él le corresponde disponer un mal para sacar un bien mayor. A nosotros nos toca luchar solidariamente contra los males de esta vida.

En América Latina se vive una situación de injusticia estructural que es la causa principal de la pobreza de gran cantidad de personas. La opción por los pobres impulsa a los cristianos a buscar la justicia y a ayudar a llevar la cruz a los sufrientes. Francisco es lapidario contra quienes son indiferentes al dolor de los pobres: “Hacer oídos sordos a ese clamor, cuando nosotros somos los instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos sitúa fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto”.¹⁶ La contundencia de la expresión está en perfecta consonancia con la sentencia que Jesús presenta hacia quienes lo vieron hambriento, desnudo y enfermo y fueron indiferentes (cf. Mt 25, 31-46).

3.2 Reconocer la fuerza salvífica de sus vidas

Pero la opción por los pobres no se agota en que sean objeto de una misericordia preferencial de nuestra parte. La Palabra de Dios nos lleva más lejos. El lugar de los pobres en el plan de salvación es un misterio de fe al que debemos acercarnos descalzos. Para hacerlo debemos desprendernos de valoraciones meramente humanas. Es contra razón pensar que la pobreza y la

¹⁴ LG 8c.

¹⁵ EG 187.

¹⁶ *Ibíd.*

impotencia sean eficaces, sean redentoras. No es algo que nos pueda revelar ni la carne ni la sangre. Sólo la gracia de Dios nos puede hacer verlo. Cuando Cristo se hizo pobre tuvo esa cosa misteriosa, que excede la razón, de unirlo al pobre con Él y asociarlo a su salvación. Les dio a sus vidas una eficacia redentora.

El padre Tello explicaba en una charla coloquial cómo puede pensarse esa misteriosa asociación que Dios hace entre la pasión de Cristo y la pasión de los pobres:

“Cristo es el Salvador. ¿Y Cristo cómo? Cristo hombre por su pasión. Por toda su vida, pero fundamentalmente por su pasión. Eso es como el hecho central, que está también en la Escritura. Cristo con su pasión sana y lleva al Reino. Cristo con su pasión, no es él solo el que padece, sino que... como diría... es el Cristo total el que padece (es expresión de San Agustín). El Cristo Cabeza con sus miembros es el que padece. Es decir, que la redención se hace por la pasión de Cristo y por la pasión de todos los miembros de Cristo que completan la pasión de Cristo, dice San Pablo.

¿Y quiénes son los miembros de Cristo que padecen? ¿Son los religiosos, los buenos cristianos que sufren? Sí, todo eso es cierto. Pero los miembros de Cristo que padecen son, sobre todo y fundamentalmente, los pobres... Aquí hay una cosa muy honda, muy real. La Iglesia últimamente, pero un poco, siempre, ve a los pobres como objeto: la acción misericordiosa de ella debe llegar a los pobres. Dice: ‘hay que amar a los pobres, hay que ayudar a los pobres’. Creo que la Iglesia en su carácter dogmático así, o en lo que es, la Iglesia es mucho más que eso. Es primeramente la salvación hecha por Cristo que completa la salvación por los pobres... Los pobres no son sólo un objeto de la acción de la Iglesia. Son el sujeto de la acción redentora de Cristo”.¹⁷

Con esta interpretación, Tello coloca la opción por los pobres en una dimensión más profunda. No es sólo ayudarlos, sino también reconocer el verdadero protagonismo que Dios les da en su designio salvífico. Ellos -aun sin saberlo- son sujetos, actores, protagonistas de la redención. Por ellos Dios está derramando su salvación entre nosotros. Al igual que a Cristo se les pueden aplicar las palabras con que Isaías describe al Siervo de Yahvé: *“causa de horror, desfigurados, sin que su apariencia sea más la de un ser humano... despreciados, desechados por los hombres, abrumados de dolores y habituados al sufrimiento, seres ante los cuales se aparta el rostro, tenidos por nada... detenidos y juzgados injustamente sin que nadie se preocupe de su suerte”* (Is 52-53). Esto no es exagerado y se da todos los días ante nuestros ojos. Ante esto no hay que escandalizarse como se escandalizaron los apóstoles ante la Pasión.¹⁸ Así como Cristo en su cruz cargó nuestros sufrimientos, estos *otros cristos* cargan nuestros dolores en sus vidas cruciformes.

Del Redentor se dijo: *“por sus llagas hemos sido sanados”* (Is 53,5). Su redención continúa y hoy -misteriosamente- nos sanan las llagas de tantos que sufren en las orillas de nuestras ciudades opulentas e indiferentes. No se trata de pobres “ideales” o mitificados. Hombres y mujeres concretos que -mientras nosotros leemos ideas sobre ellos- están luchando trabajosamente para apenas sobrevivir. Seres humanos a los que Dios da una fuerza sobrehumana para seguir apostando a la vida cada día. Personas que se saben salpicadas por su propio barro pero que

¹⁷ Rafael Tello, Desgrabación de la charla del 8 de junio 1989 (inédito).

¹⁸ Cf. Rafael Tello, *La nueva evangelización. Escritos teológicos pastorales* (Buenos Aires: Ágape Libros, 2008), 38.

caminan con la certeza de que no hay pecado tan grande que impida a Dios llevar adelante su salvación. Ese inmenso caudal de energía sanadora Dios lo derrama en el mundo a través de los pobres. Francisco quiere aclararnos la mirada para que sepamos ver en sus vidas la fuerza redentora de Cristo:

“Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos”.¹⁹

El papa nos señala un rumbo: “reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y ponerlos en el centro del camino de la Iglesia”.²⁰ No se trata solo de construir una “Iglesia *para* los pobres”. Eso es lo primero, pero no lo único. Para ser fieles a la lógica de la redención debemos reconocer que -en palabras de Tello- hay una “Iglesia *en* los pobres” muy cercana al corazón de Dios y que desde ella Él derrama un amor que nos sana:

“La Iglesia de los que saben, de los que son, es querida por Dios, pero hay otra parte en cierto modo más suya, la de los que mueren día a día, de los que no son, que es amada también y de alguna manera, como lo enseña la Escritura, preferida por Él. Una Iglesia que es como la muerte en manos de Dios: inicio de nueva vida”.²¹

4. Conclusión

Hoy el mundo necesita ser curado, no solo de un virus casi invisible sino de las patologías sociales bien visibles que nos llevan a naturalizar que haya millones de personas hundidas en los sufrimientos de la pobreza. Necesitamos nacer de nuevo. Difícil será que se logre sin la fuerza histórica de los pobres. Ellos están mejor preparados que nadie para lidiar con la muerte. Lo vemos todos los días en nuestros barrios populares. Dios sabrá cuales sean los caminos históricos por los que nos llegará la salud que quiere darnos. Pero hay algo que sí podemos saber: si sigue la lógica de la redención de Cristo esa sanación nos va a llegar desde los pobres.

Si nuestras comunidades eclesiales quieren recomenzar sus actividades, si se preguntan qué acentos de la vida cristiana hay que favorecer en estos momentos, puede ser más que oportuna esta interpelación de Francisco: “poner a los pobres en el centro del camino de la Iglesia”.²²

¹⁹ EG 198.

²⁰ EG 198.

²¹ Tello, La nueva evangelización. Escritos teológicos pastorales, 39.

²² EG 198.